

Males vergonzosos y diagnóstico inaceptable

PEDRO J. MARTINEZ *

La Universidad está enferma, y con sus dolencias pasa igual que con esos males ocultos por eufemismos como "penoso padecimiento". El cáncer es escamoteado tras un disfraz verbal; la Universidad, tras un disfraz numérico. Los análisis corrientes de la situación universitaria son avalanchas de cifras: tantos cientos, miles o millones de repitentes, de presupuesto, de preinscritos sin cupo, de estudiantes en aulas sobresaturadas. Nada como las estadísticas para dar impresión de rigor, pero lo cierto es que sin la trabazón que los vincula, y sin sus causas, los datos numéricos carecen de significado. Una lista de síntomas que se queda simplemente en eso, no es más que un modo de eludir el diagnóstico, y con él, el tratamiento.

El diagnóstico requiere esfuerzo, de modo que es posible atribuir a irresponsabilidad el que hasta ahora se lo haya sustituido con montañas de cifras. Pero la razón más honda es política. La Universidad es un campo de batalla, y las partes en conflicto han tenido siempre enorme interés en que nadie hable claramente. Este artículo quiere inscribirse en la dirección contraria, con plena conciencia de que sus páginas no están en un limbo teórico. Hoy todo está politizado, y especialmente quienes presumen de neutrales.

LOS SÍNTOMAS Y SUS CONEXIONES

Antes de entrar en el análisis es preciso aclarar una ambigüedad, aquí se habla de "la" Universidad, pero esa expresión designa dos objetos. Uno es la noción de institución educativa superior, como en la frase "los vicios del bachillerato perjudican al alumno en la Universidad". El otro es la Universidad Central de Venezuela, como en la frase "el Rector de la Universidad fue secuestrado por un grupo de preinscritos". Si el Rector en cuestión fuese el de Carabobo, o el del Zulia, sería preciso especificarlo, como es el Rector de la Universidad, a secas, sabemos que se trata del de la

Central.

La base de la equivocidad está en los hechos: la Universidad Central es el núcleo de una estructura, el patrón a partir del cual se miden las desviaciones; en suma, "la" Universidad por excelencia. Los esfuerzos por arrebatarle ese puesto no han pasado de tentativas, pues historia y tradición no pueden ser improvisadas. Por eso, cuando aquí sea mencionada "la" Universidad, será asumiendo el doble sentido como impuesto por la realidad, y cuando sea necesario hablar de "las" Universidades, se harán las precisiones del caso.

Pasando ahora a los síntomas de la enfermedad universitaria, pueden ser agrupados en tres categorías. Primero, los desarreglos derivados del **gigantismo**. Segundo, los generados por **factores externos**. Tercero, los derivados de **factores internos** a la Universidad pero diferentes de ella, es decir, elementos extraños que operan desde adentro, al modo de ciertos parásitos, como las tenas y las triquinas.

GIGANTISMO

El gigantismo genera dos males: **colapso administrativo** y **pérdida de mecanismos de convivencia**. A su vez, el colapso administrativo está determinado por un **enorme aparato burocrático** y un **bloque comunicacional** casi completo.

La Universidad tiene cientos de organismos, con miles de funciones asignadas mediante atribución de competencias. Las funciones son cumplidas a través de decenas de miles de procedimientos enlazados por un centralismo absurdo, de modo que la decisión final, en todos los asuntos de importancia, corresponde al Consejo Universitario. Un órgano colegiado, cuyas decisiones deben ser ampliamente discutidas. Pero esa cabeza del mastodonte burocrático no puede sesionar más que una vez semanal, ya que todos sus miembros —Rector, Vicerrectores, Secretario, Decanos, etc.— están abrumados por la carga de funciones que el aparato echa sobre cada uno individualmente. A todo ello se suma la incomunicación, de manera que, como en **La Biblioteca de Ba-**

bel de Borges, nadie sabe qué están haciendo los de los otros niveles, paralelos, inferiores o superiores.

Por otro lado, una institución fomentada por personas entregadas a la labor de enseñar y aprender, exige un cierto clima espiritual de tipo comunitario, indispensable para las labores intelectuales. Pero eso no es posible en donde diariamente se mueven —y a gran velocidad, pues no tienen tiempo que perder— aproximadamente ciento veinte mil personas. ¿Es de extrañar que las formas se hayan perdido, que nadie saludé, o dé las gracias, que la agresividad y el insulto estén a la orden del día, o que cualquiera vaya por los pasillos llenándolos de basura, rompiéndole sus ramas a las plantas, quebrando vidrios, estacionando en doble fila y violando a las estudiantes? El clímax de esta debacle se alcanza cuando los enfermos mentales que vagan por la Universidad se encuentran con la masa humana, no menos enferma. Es difícil saber cuál de los dos espectáculos pone más a prueba el hígado: el del loco, gritando sus incoherencias, o el de los bestiales circunstantes, atormentándolo para "darle cuerda".

¿Consecuencias? Del colapso administrativo: **ineficiencia, lentitud, desarrollo de cotos cerrados o "rosas"** de profesores y empleados. De la pérdida de formas comunitarias: **inseguridad personal, amargura constante, violencia interiorizada**. De la combinación de ambos servicios de baja calidad, deterioro ambiental (basura, tráfico enloquecedor, estrépito, hediondez, bienes universitarios en el peor estado de conservación), e imposibilidad de llevar a cabo reformas reales que pasen de lo meramente demagógico.

FACTORES EXTERNOS

Hay tres males que vienen de afuera: **la pésima educación primaria y secundaria, el progresivo descenso del nivel en los profesores y la insuficiencia del presupuesto**.

La primaria y la media, en Venezuela, son peores cada año. Atiborran al estudiante con datos memorísticos, pero lo hacen incapaz de plantearse problemas, de hablar con un mínimo de cohe-

* Investigador del Instituto de Estudios Políticos de la U.C.V.

rencia, de utilizar fuentes de información para resolver una dificultad teórica, o de redactar media página en castellano. En suma, incapaz de tres actividades que, en el fondo, son una sola: pensar, leer y escribir. Por eso, los primeros semestres se vuelven filtros donde se reprueba a todo el mundo, o escuelas de alfabetización de bachilleres.

Lo dicho parece excesivo, pero se puede confirmar empíricamente con facilidad, sin pasar por el suplicio de dar clases en los primeros semestres, como hace el autor de este artículo. Basta acercarse a las bibliotecas de las facultades. Allí podrá recibirse información acerca de cómo el personal tiene que auxiliar a cada vez más alumnos de primer semestre que ignoran el orden alfabético. Y de cómo hay que aclararles que **bibliografía** no es el título de un libro, sino la palabra que encabeza la lista de obras que deben consultar.

La calidad profesoral, sin llegar a un estado tan crítico, también deja que desear. Lo grave no está en su situación actual, sino en el descenso sostenido que experimenta. Hace un momento se dijo que enseñar en los primeros semestres es un suplicio, pues bien, enseñar en los semestres superiores es una experiencia ampliamente satisfactoria, porque así como cada año que pasa es peor la primaria y la secundaria, con cada año que uno se remonta hacia atrás percibe más calidad en el alumno. Esto, sumado a los filtros y las raspazones, mejora la situación en los semestres superiores.

Sin embargo, aunque puedan atenuarse los efectos de la pésima formación del estudiante, no pueden hacerse desaparecer, aun en los niveles altos. Y

de esos niveles provienen los profesores, con lo cual, aunque a un ritmo menos acelerado, la calidad profesoral baja, y sigue bajando, sin parar.

El tercer mal de origen exterior es la insuficiencia presupuestaria. A lo mejor, con el paso de los años, la Universidad dejará de ser un foco de incomodidad para el gobierno, tal vez entonces cese el estrangulamiento económico. Mientras tanto, seguirá habiendo una escasez de recursos que, unida a la administración ineficiente, mantendrá paralizados los proyectos de investigación; hacinados a ciento y pico, o a doscientos alumnos, en un aula de ochenta pupitres (diez de ellos rotos), restringida la compra de libros; apretujados tres investigadores en una oficina de dos y medio por dos y medio, retardada la salida de publicaciones por falta de papel; y párese de contar.

FACTORES INTERNOS

Los dos males verdaderamente importantes son el **chantaje** ejercido por sectores organizados para la presión, y una necesidad, culturalmente inducida, de **expresividad autocomplaciente**. Las violaciones, el analfabetismo estudiantil, la parálisis por hipertrofia burocrática, todos esos horrores juntos, son pelusillas insignificantes al lado de estos dos, que son los que verdaderamente corroen a la Universidad, y desde adentro, aunque su origen sea exterior.

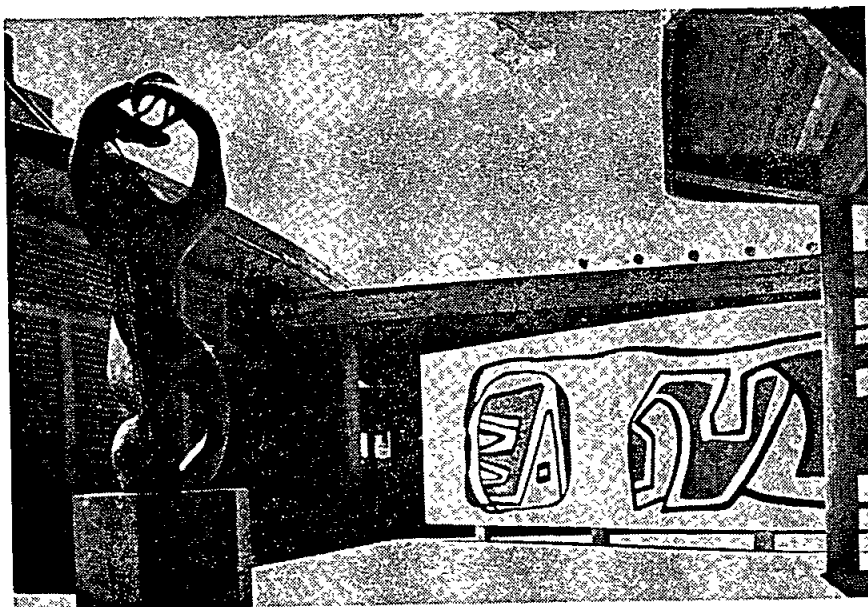
Al comienzo de este artículo se decía que de nada vale una lista de síntomas, mientras no se suministren sus raíces estructurales, se diagnostique la enfermedad y se prescriba el tratamiento. Pues bien, aquí estamos en el domi-

nio de los síntomas fundamentales, los más terribles, porque son los más directamente vinculados con las raíces estructurales.

Los sectores organizados para la presión son los estudiantes y los empleados; con ellos se observa a dónde conduce un gremialismo puramente reivindicativo. Ahora bien, la masa estudiantil y la de empleados no están formadas por chantajistas, ni sus dirigentes lo son. Al contrario, quienes conocen a los líderes estudiantiles saben la falsedad del mito según el cual son simples vagos, profesionales del politiquero y la componenda. En realidad son de lo mejor entre sus compañeros, y lo mismo pasa en el sector de los empleados. Lo que ocurre es que se ven tragados por una dinámica que los arrastra en una sola dirección: presión, amenaza, chantaje y complicidad.

La explicación es sencilla. Hay competencia por el poder gremial, y de lo que se trata es de obtener votos, para lograrlo. El voto lo consigue el que más ofrece y lo conserva el que más cumple. Cumplir es utilizar las armas disponibles para lograr conquistas. El arma disponible, y no por culpa de estudiantes y empleados, es la amenaza y la violencia. Para el gremio estudiantil, hoy, son conquistas las siguientes: aprobación de materias sin esfuerzo, supresión de asignaturas exigentes, reducción de programas; exención de requisitos engorrosos, como la asistencia a clases; eliminación de mecanismos selectivos; no aplicación de sanciones, hasta el punto de la impunidad total. Para el gremio de empleados, las conquistas básicas son todas las corrientes en grupos de trabajadores (mayor salario, mejor jornada, mejores condiciones en la prestación del servicio, vacaciones más prolongadas; remuneraciones especiales, protección familiar; cobertura de riesgos, etc.), más una reivindicación *sui generis*: estabilidad laboral absoluta, hasta el punto de una total inamovilidad, en la práctica. Esta es otra forma de impunidad, que desemboca en una baja automática de la calidad en el trabajo. Tales conquistas no son sino retrocesos, y no es por culpa de estudiantes y empleados, sino por el inexorable encadenamiento de los hechos.

La llamada **expresividad autocomplaciente**, a falta de un nombre mejor, es un defecto padecido especialmente por el cuerpo docente, aunque también afecta a un cierto número de estudiantes. Con todas sus fallas, la Universidad es, sin duda, el punto donde convergen las mejores inteligencias del país. Esto genera una atmósfera propicia para el



cultivo de actitudes pedantes, tonos de superioridad y poses excéntricas. Una vez que esto se vuelve una manera colectiva de ser, todo el mundo entra en competencia para ser reconocido como el más inteligente, "auténtico", "vital", progresista, avanzado, ingenioso, etc., en términos sólo expresivos. Lo que importa no es ser inteligente, o progresista, sino parecerlo, expresarlo mejor que los otros. Se trata de valores de exhibición, que no tienen por qué generar logros objetivos.

En términos prácticos, esto se traduce en una febril necesidad de estar a la moda y ser original. Métodos de enseñanza, o de organización académica, que funcionaban más o menos bien, son eliminados por arcaicos, y porque hay nuevos procedimientos que están haciendo furor en el extranjero, exactamente igual que la última colección de modas de invierno. Así, pues, la autenticidad y el progresismo en lo que se traducen es en una copia de la última teoría pedagógica norteamericana. Se va de reforma ficticia en reforma ficticia, sin que nunca se lleve a cabo la reforma real, profunda pero trabajosa y demorada.

EL DIAGNOSTICO

Los síntomas son muchos más, pero con los pocos que han sido nombrados basta para hacerse una idea y pasar al diagnóstico. Como todo diagnóstico de enfermedades venezolanas, este podría reducirse a una sola palabra: petróleo.

Venezuela tuvo hasta comienzos de este siglo una fisonomía definida, que evolucionaba muy lentamente, de país agropecuario, miserable, atrasado y carente de cohesión social y política. En 1910 se inició la explotación petrolera, y a fines de los veinte ya comenzaba la transformación acelerada que termina en lo que la nación es hoy: el país del dinero fácil, de derroche y la jactancia nueva. La Universidad no es ajena a ese proceso, y tiende a convertirse en el refugio de la frustración de quienes, movidos por convicciones de carácter intelectual, quieren cambiar al país, pero no pueden. Los sucesos de 1928, que son una manifestación embrionaria de la tendencia, muestran el patrón que luego seguiría repitiéndose: un gesto lleno de belleza trágica desde el punto de vista de sus protagonistas, ridículo desde el punto de vista de quien detenta el poder, y absolutamente ineficaz desde el punto de vista de la transformación de la realidad. Esto puede aplicarse perfectamente a la heroica Universidad de la época guerrillera, o a la convulsiva Uni-

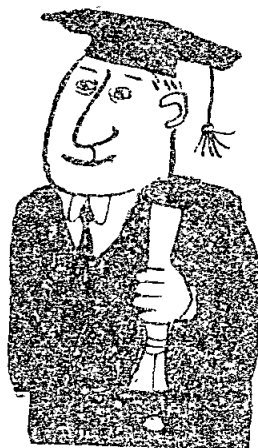
versidad renovadora de 1969.

Se trata de un círculo indestructible de causas y efectos. El país no cambia, porque está sólidamente arraigado sobre un cenagal de petróleo, como diría Pérez Alfonzo. De ese cenagal es de donde salen los bachilleres prácticamente analfabetos que alimentan la Universidad. Tampoco cambian los intelectuales, cuya función consiste en imaginar mundos mejores y llevarlos a la práctica. Ahora bien, como la instauración del mundo mejor se demora, el intelectual tiende a la sustitución ilusoria, cambia la amarga realidad por sus lindas fantasías.

Es fácil acusar a los universitarios de ser revolucionarios de cafetín, o artífices de guerrillas que sólo dejan como saldo un reguero de cadáveres y un retroceso de decenios para la izquierda. Sin embargo, no es por fallas intrínsecas de ellos por lo que han llegado a ser lo que son, sino por una trabazón objetiva de determinaciones reales.

Una vez lanzada la Universidad por el camino de la ilusión, se comprende que la distancia que la separa de la sociedad venezolana se haga cada vez mayor. Ese clima de separación y fantaseo es excelente para el desarrollo de rosas y cenáculos más o menos exquisitos. De allí el síntoma que ha sido catalogado como "expresividad autocomplaciente", y de allí, también, que se formen grupos de presión poderosísimos, en el seno de ese mundo dentro del mundo, de esa especie de isla que caricaturiza una utopía.

También así se explica el gigantismo. Si la Universidad estaba proyectada para seis mil estudiantes, ¿por qué al llegar a esa cifra no empezaron a surgir otras universidades que por sus dimensiones hubieran sido administrativas manejables y comunitariamente cálidas? Si se tratara de una simple dinámica educativa, habría diez universidades, de seis mil alumnos cada una. Tratándose



de una dinámica delirante, expresiva y autocomplaciente, se requiere un gran frente de combate, ese monstruo de sesenta mil alumnos, colapsado, immanejable e insufrible.

Por supuesto, como el combate tiene dos frentes, menudean los ataques: el torniquete del presupuesto, la creación de la Universidad Simón Bolívar con la casi "obligación" de convertirse en la contrapartida de la Central, y así sucesivamente, en lo que es ya un sañete. Con esto, queda completo el lúgubre diagnóstico.

¿TERAPEUTICA PARA UN CADAVER?

Conocidos los síntomas, y formulado el diagnóstico, queda el tratamiento. No obstante, los tratamientos presentan diversos grados de dificultades. Curar un catarro es menos complicado que curar una tuberculosis, y curar un cáncer terminal generalizado puede ser difícilísimo. Curar un cadáver es lo más difícil de todo, son muy pocos los casos, y no se requieren procedimientos corrientes, sino milagrosos.

Lo que se quiere decir con lo anterior es que, si el mal es de la sociedad venezolana en su conjunto, un tratamiento que se dirija a la parte, y no al todo, no pasará de ser mero pañito caliente. En suma, la Universidad no tiene remedio. La que tal vez tenga remedio es, en todo caso, Venezuela. Y si Venezuela mejora, entonces lo hará la Universidad.

Puede ser que todo lo anterior haya sido de una crudeza chocante. Tal vez sea preferible, en el fondo, la línea usual de abordaje del tema, con lindas referencias al Alma Mater, a la Casa Que Vence Las Sombras, a los pasillos de la vieja casona de San Francisco. O la falsa mención de falsas soluciones a falsos problemas, en el estilo clásico de alegatos ridículamente impracticables e insinceros como "fuera la política de la Universidad", "con más presupuesto todo se arregla", o cualquier monserga similar.

Aquí se ha preferido decir las cosas como son, no sólo a la hora de revelar las raíces del problema, sino también a la hora de señalar la imposibilidad de resolverlo sin una acción que vaya de la sociedad venezolana a la universidad, y no al revés. Con todos sus espantosos defectos, la Universidad Central es de lo más decente que tiene Venezuela, gracias a lo que antes fue señalado: historia, tradición, inclinación intelectual. Lo que ocurre es que no puede ser mejor que el país, y su destino habrá de ser, como ha sido, el mismo destino de Venezuela.